

Antea, recostada en su litera,  
 Presa de gran dulzura, sintió luego  
 Sumergirse su espíritu en los mares  
 De esperanza, de luz, de amor eterno  
 Que soñó desde niña, y convencida,  
 «Tú eres la verdad. Eres lo cierto»,  
 Dijo, mientras las lágrimas bañaban  
 Su rostro, más que nunca triste y bello.



## IX

## El suplicio.

**C**ON rabia los soldados empujaron  
 Al sentenciado aquel, delante de ellos,  
 Y apartándole así de la litera,  
 Hacia el suplicio al fin lo condujeron.

Antea, tras el muro de curiosos,  
 Su demacrado rostro podía verlo  
 Y le asombraba su actitud tranquila,  
 Su dulce faz y su mirar sereno.

El suplicio empezó.

Los dos ladrones  
 En sus dos cruces suspendidos fueron,

Y entre ambos colocaron la más alta,  
Llevando un blanco pergamino en medio,  
Que al azotarlo con sus duras alas,  
Hasta intentaba arrebatarlo el viento.  
Los soldados de pronto comenzaron  
Á desnudar al triste Nazareno,  
Y la plebe gritaba enfurecida:  
«¡Allí está nuestro rey! ¡Qué humilde! Vedlo.»  
«Defiéndete si puedes... ¡Que te salven  
Tu padre, tu poder y tus ejércitos!»

Y eran los gritos ensordecedores,  
Y tal la confusión y el desconcierto,  
Que nadie se entendía, ni se hablaba  
Ni el sol tampoco iluminaba el cielo.

Cuando extendido, rígido y clavado  
Sobre la tosea cruz se quedó el cuerpo,  
Alguien que estaba junto á la litera,  
Temblando de rodillas cayó al suelo,  
Y allí, arropado con la blanca túnica,  
La cabeza en las piedras escondiendo  
Y las manos tendiendo hacia el Calvario,  
Así gritaba con dolor intenso:  
«¡Yo era leproso y me curó! Decidme,  
¿Por qué crucificar á un ser tan bueno?»  
Antea palideció y dijo á Cayo:

—¡Él lo curó! ¿Has oído? Yo lo creo.  
—¿Vámonos?—dijo Cinna.  
—No; quedarme  
Aún más tiempo en este sitio yo prefiero...  
—¡Ah! Yo estuve muy torpe—dijo Cinna,—  
Pude llamarlo para verte, á tiempo,  
Y te hubiera curado.  
—No lo dudes.  
—Pues hoy de tal torpeza me arrepiento.

Al llegar á ese punto, los soldados,  
Tendido ya sobre la cruz el cuerpo,  
Remacharon los clavos en sus manos  
Dándoles golpes con martillos gruesos.  
Al escuchar los tétricos sonidos  
De los golpes del hierro contra el hierro,  
La multitud con júbilo gritaba,  
Loca, rabiosa y delirante, viendo  
Ya traspasadas las exangües manos,  
Y fijas en los brazos del madero,  
La plebe, en su crueldad, quería gozarse  
Escuchando de cerca los lamentos  
Que exhalaba aquel mártir, pero en vano;  
Oraba perdonando y en silencio.

Finalmente, la cruz fué levantada  
Entre las otras dos, y en tal momento

El Centurión que dirigía el suplicio  
Mandó clavar los pies del Nazareno.  
De repente las nubes se agruparon  
Y el gran disco del sol obscurecieron,  
Y en torno de los montes y los valles  
Todo quedóse pavoroso y tétrico.

Las sombras, más y más amenazantes,  
Rojizas y espantosas, se esparcieron  
Veloces por doquiera, entre el zumbido  
Penetrante y horrisono del viento.

En la bóveda negra del espacio,  
Los rayos, como rúbricas de fuego,  
Cruzábanse sin treguas; los relámpagos,  
El fragoroso rebramar del trueno,  
Todo el horror de un grande cataclismo  
Procedió á la catástrofe... Un silencio  
De muerte reinó al fin... Soplaba un aire  
Sofocante, y del sol el postrer rayo  
Se disipó, dejando todo aquello  
En tinieblas muy densas que los montes  
Y la ciudad tremendas envolvieron.  
—¿Nos vamos?—con voz trémula, apagada,  
Cinna á su esposa preguntó de nuevo.  
—¡No! Yo quiero otra vez mirar al mártir;  
Quiero verlo otra vez, aquí me quedo.—

Al mandato de Cinna, la litera  
Fué transportada hasta elegir un puesto  
Mas cercano al suplicio y allí pudo  
Antea contemplar el rostro bello  
Del ser á que admiraba. En la madera  
De la alta cruz se diseñaba el cuerpo  
Entre la obscuridad; una afanosa  
Respiración le levantaba el pecho;  
La cabeza y los ojos mantenía  
Levantados, mirando siempre al cielo.

Detrás de negras nubes un rüido  
Escuchóse lejano; cruzó un eco  
De Levante á Poniente el ancho espacio  
Y alejóse en seguida, descendiendo  
Á las profundidades infinitas,  
En mil rumores pronto dividiéndose.  
Fulmina el rayo, ¡oh Dios! La tierra tiembla,  
Un relámpago rojo incendia inmenso  
Las nubes, y en las cumbres del Calvario  
Alumbra las corazas y los petos  
Relucientes de bárbaros soldados,  
Al impaciente amontonado pueblo,  
Y al fin la obscuridad se hace más densa  
Y hasta el Gólgota mismo estaba negro.  
Cerca de la litera donde Antea  
Reposaba, se oían los lamentos

Los sollozos, los gritos que turbaban  
 Aquel profundo y funeral silencio;  
 Á veces, doloridos, angustiados  
 «*O jah! Oi lam!*», con lánguidos lamentos  
 Gritaban por doquier. «¡Ay de nosotros!  
 ¡Hoy han crucificado al justo, al bueno,  
 Al que predica la verdad, al sabio;  
 Al que á su voz resucitó á los muertos!»  
 De pronto alguien gritó:

«¡Tiembra la tierra!»

«¡Tiembra!», gritaba con espanto el pueblo,  
 Y todos ¡ay! por el terror vencidos,  
 Todos temblando de dolor y miedo,  
 Sin poderse mover, sin darse cuenta  
 De aquel estrago, del Calvario huyeron.



## X

### Consummatum est.

**M**ÁS oscuras las nubes, empujadas  
 Por impetuoso y desalado viento,  
 Empezaron después á fragmentarse  
 Esparciéndose en ondas por el cielo.  
 Un relámpago nuevo las alumbra  
 Con un fulgor tan triste y tan siniestro,  
 Y pareció que todas descendían  
 Hasta la muda tierra como espectros.

En la cumbre del Gólgota reinaba,  
 Heraldo de las tumbas, el silencio;  
 Y cuando los aullidos espantosos,

Sembrando horror á resonar volvieron,  
 Arrebatando ropas á las gentes  
 Los sofocó bufando el raudo viento,  
 De una luz blanquecina los fulgores  
 Iluminaron tristes y siniestros  
 Los rostros de los tres crucificados,  
 Lívidos, azulosos, mudos, quietos,  
 Y pudo verse entonces con qué triste  
 Abandono inclinó sobre su pecho  
 La cabeza y la faz, blancas cual cera,  
 Los labios sin color, el Nazareno.  
 Antea miró con lágrimas á Cinna,  
 Y—¡Ha muerto!—dijo.

—Sí, míralo, ¡ha muerto!

Asestó el Centurión en un costado  
 Una lanzada, y reanimado el pueblo,  
 Á los pies de la cruz gritaba alegre:  
 «Si eres hijo de Dios, descende presto  
 De la cruz..., falso rey de los judíos;  
 Baja, aquí te esperamos; baja luego.»

Antea, mientras fijaba su mirada  
 En el hermoso rostro macilento,  
 Se preguntaba en su interior, llorosa:  
 —¿Y resucitará?...  
 Vió que los miembros  
 Se iban tornando rígidos; que el cuerpo

Sobre la cruz, inerte, reposaba;  
 Pero una voz, al fondo de su pecho,  
 Resonaba diciéndole: «No dudes;  
 Ha de resucitar entre los muertos.»

Cinna, no menos triste y conturbado,  
 Á su resurrección no daba crédito,  
 Pero decía:—Si hubiese estado vivo,  
 Habría curado á Antea en un momento.—  
 Embriagada la gente, continuaba  
 En torno de la cruz, necia rugiendo:  
 «Baja si eres un Dios»; y Cinna dijo:  
 —Sí, baja y salva á la que tanto quiero;  
 Baja á salvarla pronto, que yo, en cambio,  
 Te daré mi alma entera como premio.

Entretanto aclarábase doquiera  
 Con una luz intensa todo el cielo,  
 La Torre Antoñia, en el azul sin mancha,  
 Destacó pronto su contorno esbelto;  
 Sopló al fin una brisa fresca y clara,  
 Y piando alegremente, en raudo vuelo,  
 Bandada de parleras golondrinas  
 Atravesó el espacio...

Cinna, viendo

Que la tragedia estaba terminada,  
 Fué á la litera y ordenó el regreso;

Antea, silenciosa y pensativa,  
 Sólo esta frase dijo en el trayecto:  
 —*Hécate* no ha venido hoy á turbarme.—  
 Y Cinna, que pensaba en tal momento  
 Lo mismo que su esposa, sonrió alegre  
 Y calló como envuelto en un misterio.



## XI

**S**URGIÓ de nuevo el sol en el Oriente  
 Á derramar sus esplendentes rayos;  
 Mas los espectros que mirara Antea  
 Ya no volvieron á causarle espanto.  
 ¿Cómo pudo la turba desbandarse?  
 ¿Qué supremo poder logró ahuyentarlos?  
 Timón, que por la vida de su hija  
 Estaba con profundo sobresalto,  
 Llegó á Jerusalén, pues anhelaba  
 Ver antes de morir al ser amado.

Cinna abrigaba nuevas esperanzas,  
 Mas á tanta ilusión no daba pábulo,  
 Porque otras veces halagüenos síntomas  
 Le dieron sólo tristes desengaños.

Sólo explicaba aquella mejoría  
 El esposo, cual nadie infortunado,  
 Por la presencia de Timón, que era  
 De la hija fiel adoración y encanto.  
 Antea contaba á su querido padre  
 La tragedia espantosa del Calvario,  
 La doctrina de amor del Nazareno,  
 Su martirio, su muerte, los amargos  
 Instantes que pasó viendo el suplicio,  
 Y el valor de aquel hombre extraordinario.  
 Por lo demás, Antea sólo sabía  
 Lo que el Procónsul le hubo relatado,  
 Y se sentía más fuerte, pareciéndole  
 Que ya estaba curada; vivos rayos  
 De alegría brillaban en sus ojos;  
 Su espíritu sentía confortado,  
 Y tras de tantas luchas y fatigas  
 Le llegó al fin un día todo grato:  
 La efeméride hermosa de su pecho,  
 De su amor el más bello aniversario,  
 La fecha inolvidable en que su vida  
 Se unió á la vida de su amante Cayo.

El tiempo no era bueno; había llovido  
 Toda la noche; pero el sol, mostrando  
 Su disco de oro, el velo melancólico  
 De la niebla rompió, tornóse claro

El horizonte, las lejanas rocas,  
 Las columnatas de pulido mármol  
 De las cercanas quintas, se envolvieron  
 En un ambiente luminoso y diáfano.

La mañana fué espléndida, aromada  
 Por aires tibios; al azul espacio  
 No empañaba una nube; el sol ardiente  
 Envolvía á la tierra con su manto.  
 Antea expresó su deseo vivísimo  
 De gozar de aquel día todo encanto,  
 Sombreada por su olivo favorito;  
 Cinna y Timón tal gusto le aprobaron,  
 Pues escrutaban siempre ansiosamente  
 Sus menores caprichos, obsequiándolos

Rayaba el mediodía y los espectros  
 Á perturbar su mente no tornaron:  
 Le brillaban los ojos con luz viva;  
 Su boca era un capullo de granado,  
 Y Cinna alimentaba la esperanza,  
 La certeza más bien, de ver ya sano  
 El espíritu noble de su esposa:  
 ¡Los horribles espectros no tornaron!

Cinna de pronto se tendió en el suelo,  
 Y de alegría y de placer llorando,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 C. P. 1625 MONTERREY, MEX.

Daba rendido gracias á los númenes  
 Que á su adorada esposa le curaron,  
 Pero le atormentaba un pensamiento:  
 Si este alivio era sólo indicio claro  
 De que su amada iba á morir muy pronto.  
 ¡Qué horrible y espantoso desengaño!

Timón, al abrigar las mismas dudas,  
 Evitaba mirar de frente á Cayo,  
 Y esperaban los dos el mediodía,  
 Timón con miedo, Cinna con espanto.  
 Antea, recostada muellemente  
 Sobre el musgo, teniendo entre sus manos  
 Apoyada su lánguida cabeza,  
 Aspiraba aquel aire embalsamado.  
 Por fin el sol, siguiendo su camino,  
 Estaba cerca ya del meridiano;  
 Embriagador perfume despedían  
 Los espliegos, los lirios y los nardos;  
 Alrededor del césped revolaban  
 Las mariposas como copos blancos,  
 Y de las hendiduras de las rocas  
 Salían tímidamente los lagartos;  
 Tal parecía que en aquel momento  
 El mundo, en el silencio, en el descanso,  
 Gozaba de la alegre luz serena  
 Que derramaba el Padre de los astros.

Cinna y Timón, por el calor rendidos,  
 Á punto de dormirse, entrecerrando  
 Los ojos, respiraban lentamente  
 Como presas de un sueño dulce y grato.  
 Cinna observó que ya su propia sombra  
 Poco á poco de él se había alejado,  
 Y comprendiendo que era mediodía,  
 Miró á su esposa sin mover los labios.  
 Antea abrió sus ojos expresivos  
 Y dijo:

—Cinna, ven, dame la mano.—

Éste se alzó, sintiendo que su sangre  
 En las venas se había congelado:  
 Era la hora terrible del delirio;  
 Pero... no...; pronto comprendióse el cambio:  
 Con mirada brillante, pura y dulce,  
 Fulguraban los ojos de su encanto.

—¿Ves tú—le dijo Antea—la luz que avanza  
 Hacia mí, por lo hermosa deslumbrando?

—No la mires—con susto agregó Cinna.—  
 Pero ella, sonriendo, con un manto  
 De alegría inusitada, le repuso:

—La luz viene á nosotros á gran paso.

¡Lo veo..., me sonrío... el Nazareno!  
 ¡Cuán dulce, cuán piadoso..., sus dos manos  
 Tiende como llamándome...; me llama!...  
 Cinna, con rostro cual la cera pálido,



—Sigámosle, sigámosle—decía—  
 Por todas partes, siempre, sin descanso...  
 Sigámosle adoquiera que te llame...—  
 Y en éxtasis sublime estaban ambos,  
 Cuando de pronto apareció en la puerta,  
 Trémulo y sin color, Poncio Pilato.  
 —¿Sabéis una noticia? No la creo,  
 Es invención del pueblo, es un engaño  
 Del vulgo... ¿No sabéis?... ¡Qué tontería!  
 Dicen... ¿No lo sabéis?... Imaginaos:  
 ¡Todo Jerusalén dice y confirma  
 Que el Nazareno... ya ha resucitado!  
 —Sigámosle doquiera...—dijo Antea.  
 —Sigámosle sin tregua...—dijo Cayo.



## ÍNDICE

	Págs.
I.—Cinna.....	5
II.—Timón.....	11
III.—Las palabras del maestro.....	17
IV.—Antea.....	23
V.—Los delirios de Antea.....	29
VI.—Poncio.....	37
VII.—Alboradas de fe.....	51
VIII.—El Nazareno.....	59
IX.—El suplicio.....	69
X.— <i>Consummatum est</i> .....	75
XI.—.....	79